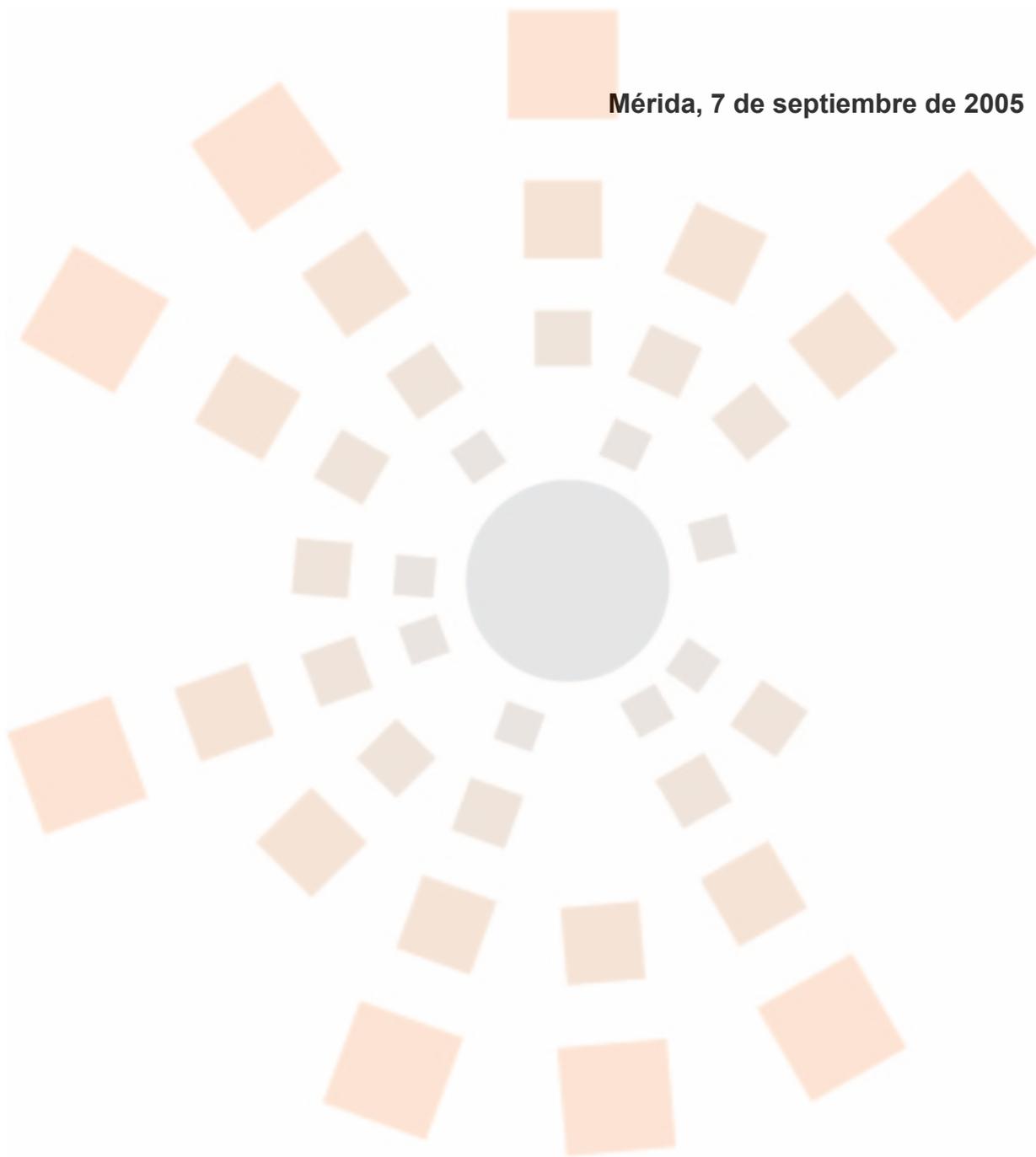


**DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR.  
PRESIDENTE CON MOTIVO DEL DÍA DE EXTREMADURA**

Mérida, 7 de septiembre de 2005



## **DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE CON MOTIVO DEL DÍA DE EXTREMADURA**

**Mérida, 7 de septiembre de 2005**

Sra. ministra de Vivienda del Gobierno de España, Sr. alcalde de Mérida, autoridades, señoras, señores, paisanos y amigos.

Las medallas de la región, en la inmensa mayoría de las ocasiones, se explican por sí mismas. Se trata de reconocer en personas o colectivos méritos relevantes para la región.

Y creo que los galardonados de esta edición podrían encuadrarse tentativamente en dos grupos: los que tiran de nosotros, los que van delante, los que nos arrastran en cierto modo, los que nos hacen mejores con la calidad de su trabajo y, por otra parte, los que cuidan de quienes por diversas circunstancias corren el riesgo de quedarse atrás, los que cuidan de la cohesión de nuestro grupo humano y de nuestra solidaridad para con otros.

Landero, Cercas y Canelo forman parte, desde hace más o menos tiempo, de una avanzadilla artística en sus respectivas actividades, son la prueba de una conexión fecunda con su tierra de origen al tiempo que de una exigencia interior respecto de sus propias obras que huye de fáciles conexiones con el terruño.

La Cooperativa de Regantes es una manifestación más de nuestro empuje en sectores económicos punteros y, desde ese punto de vista, también alumbró el camino del resto del sector agrario.

La Asociación Cacereña de Folklore "El Redoble" es un ancla en la identidad profunda de este pueblo, un recordatorio de nuestros orígenes y nuestra forma de estar en el mundo; pero también por su forma de trabajar y de difundir puede ser considerada una forma de vanguardia en su campo.

En la retaguardia, cuidando de los que tienen más dificultades, de aquellos que corren el riesgo de ser olvidados por la sociedad, de aquellos que deben avanzar más despacio, premiamos el esfuerzo personal del misionero José María Caballero, que atiza nuestras conciencias recorriendo los pueblos extremeños para hablar del abandono miserable de todo el continente africano y de su labor con ese engendro moral que son los niños soldado; la

Coordinadora Regional de Transplantes, que entra y sale de los quirófanos y sube y baja de los aviones llevando en su equipaje esperanzas para los enfermos, mientras otros llevamos nuestro equipaje en las vacaciones; y la omnipresente Cruz Roja, que corre el riesgo de formar parte del paisaje de una forma tan natural que su excelente y multifacética labor pasa en algunas ocasiones injustamente desapercibida.

Se trata este año de una nómina muy diversa de personas e instituciones que los extremeños consideramos acreedoras del agradecimiento de su tierra. No sólo para su satisfacción privada, desde luego también, sino para que renueven los lazos de relación con Extremadura y continúen haciendo sus respectivas obras con total libertad y autonomía, pero más sujetos que antes por los lazos invisibles del compromiso. Felicidades a todos y gracias en nombre de sus paisanos.

Hoy los galardonados están aquí por la alta valoración que todos tenemos de ellos. Cada día el desarrollo de un ciudadano o de una institución tiene mucho que ver con la manera en la que sus conciudadanos los valoran.

De igual forma, el desarrollo de un territorio tiene más y más que ver con la forma en que sus habitantes lo valoran y lo perciben.

En varias ocasiones en los últimos tiempos he hablado de que Extremadura estaba llegando a una encrucijada en la que habría que tomar decisiones colectivas de un tipo, de una escala y de una complejidad diferente a las tomadas en el pasado. Nuestra realidad regional es crecientemente compleja, tanto que ya resulta difícil condensarla en alguno de los pocos estereotipos clásicos, en alguna de esas imágenes reductoras, simplificadoras, con las que éramos conocidos y en algunas de las cuales nos reconocíamos nosotros mismos sin mucha dificultad. Ahora todo es mucho más complejo.

Hoy Extremadura es infinitamente más complicada, tanto desde el punto de vista social como del económico, del laboral, del cultural, del político, del psicológico incluso. Hacer política significa tener que sopesar muchas alternativas y considerar muchos factores. Antes se ponía en marcha la hormigonera y poco más. Ahora es más un encaje de bolillos. Ahora no puede ser, en términos futbolísticos, el momento del “patadón p’adelante”, sino el de “el balón al suelo” y a triangular y regatear.

Ahora tratamos de asuntos y de proyectos de una proporción que nos era desconocida hasta hoy. Ahora discutimos, por ejemplo, grandes proyectos industriales, de esos por los que hace veinte años suspirábamos mirando a Madrid, porque nos parecía que sólo podían venir de la mano del Gobierno Central. La fábrica de coches, la fábrica de cigarrillos, la gran transformadora de lo que fuera. Y resulta que ahora esos grandes proyectos industriales nacen de aquí mismo, de nuestro tejido empresarial, de un mundo económico que algunos pensaban que iba a estar permanentemente en pañales, permanentemente en la adolescencia.

Es perfectamente comprensible que esta nueva situación de complejidad y de gran escala produzca un cierto vértigo, una cierta desorientación, un cierto temor en la sociedad. Es el temor al salto hacia delante, el temor a dejar atrás las pequeñas seguridades a las que estamos acostumbrados. Es un miedo escénico, el de verse por primera vez bajo los focos de la atención de todos los que antes nunca habían reparado en nosotros. Son momentos de cambio, momentos de asumir, de interiorizar lo nuevo, de asimilar que nos hemos hecho adultos también desde el punto de vista económico y que eso nos plantea cuestiones con las que no contábamos en la fase anterior.

No es una política suficiente, señoras y señores, en los tiempos actuales el pretender aumentar la renta de los extremeños durante el día y hacerla desaparecer de nuestra tierra durante la noche. Trabajamos, y trabajamos mucho, para conseguir renta para nosotros y para Extremadura, y cuando gastamos esa renta en muchísimos productos, en comprar productos que no fabricamos aquí, son otros territorios los que se llevan la renta y los puestos de trabajo.

Y por si fuera poco, parece que en cuanto alguien sobresale de la mediocridad en algún terreno -económico, cultural, social, artístico- lo ponemos inmediatamente bajo el foco de la sospecha. Cuando los contratos y los proyectos se los llevaban exclusivamente empresas y profesionales de fuera de la región, nadie decía: esta boca es mía. Pero, en cuanto han empezado a aparecer empresas, profesionales, artistas extremeños capaces de competir con los de fuera, de hacerlo tan bien o mejor, e incluso expandir su actividad en otros lugares, han saltado las alarmas y quienes estaban cómodamente instalados en su estatus de mediocridad han puesto el grito en el cielo.

Aquí, señoras y señores, no se trata de ganar o perder las próximas elecciones. Aquí se trata de ganar o perder las próximas generaciones. Extremadura, además de un territorio, una región, el sitio donde hemos nacido o donde vivimos, es una marca en la que muchos extremeños tenemos depositadas nuestras únicas esperanzas, para nosotros, para nuestros hijos, para nuestros nietos.

¿Cuánta gente está dispuesta a romperse la cabeza para no dejar pasar las grandes oportunidades que se están abriendo ante nosotros al inicio de este nuevo siglo?

¿Cómo podemos ser tan cicateros como para seguir vendiendo en negativo la imagen de la mejor marca que tenemos, la marca Extremadura? Que algún empresario nos cuente cuánto tiempo tardaría en cerrar una empresa donde la imagen que se transmitiera, por parte de algunos miembros de la junta de accionistas, fuera siempre negativa. Sin duda que quienes así actuaran conseguirían páginas enteras en la prensa, pero ¿cuánto daño harían a la empresa?

¿Cuántas empresas no han venido a Extremadura por el discurso negativo que transmitimos todos los días?

¿Cuántos jóvenes se han ido a otras universidades o no han venido a la nuestra porque oyendo hablar a algunos se tiene la impresión de que la nuestra no sirve?

¿Cuántos jóvenes extremeños ni siquiera han intentado una aventura profesional o empresarial en Extremadura porque se les machaca con un paro ficticio o con una falta de oportunidades irreales?

Si por algunos fuera, a Extremadura, no sólo es que no habría que venir, es que, oyéndoles, no habría que quedarse aquí, es que habría que salir corriendo todas las mañanas.

Y eso, además de antirrentable para la marca de Extremadura, es absolutamente injusto. A otros, que tanto presumen de sus riquezas y que pretenden limitar la solidaridad entre regiones, quería yo haberles visto con la capacidad de generar riqueza y bienestar de los extremeños partiendo casi de cero, y de haber salido de una situación desesperada, como lo hemos hecho nosotros, como lo hemos hecho los extremeños de esta generación autonómica.

Afortunadamente son muchos los extremeños que manifiestan su orgullo de pertenencia y, estoy convencido de que la imagen de nuestra región cambiaría si todos nos convirtiéramos en portavoces de lo bueno de la nueva Extremadura. Nosotros mismos no podemos convertirnos en nuestra propia limitación. No se puede consentir la presión que nosotros mismos hacemos sobre nosotros mismos. Todos los días no se pueden utilizar las voces y los medios de comunicación para echar tierra sobre la percepción propia y extraña de Extremadura.

El día en que sepamos apreciar que entre todos estamos levantando una empresa, cuya marca se llama Extremadura, y que esa empresa está constituida por una red de personas que ponen en valor su talento para generar riqueza, impediremos que se adentren en la red quienes se acerquen a la misma con el discurso de ¿quién me arregla a mí lo mío? o, con la intención de desmontar la ilusión de quienes han puesto su inteligencia y sus recursos al servicio de la marca Extremadura y al servicio de lo único que muchos hemos decidido tener y por lo que apostamos con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra ilusión, confianza y esperanza.

Extremadura, señoras y señores, ha empezado a descubrirse a sí misma. La mayoría se sorprende de verse por primera vez protagonista del propio futuro de un pueblo que ha decidido dejar de ser testigo mudo de su propia desgracia para convertirse en responsable de sus propias inquietudes. Pero aún nos enfrentamos contra una estructura de la impotencia genética de aquellos que jamás sufrieron la injusticia, ni el exilio emigratorio, ni el exilio profesional, ni el exilio ideológico, ni el exilio intelectual.

No solamente nos enfrentamos contra los nacionalistas periféricos que quieren todo para ellos y solo para ellos; no solamente nos enfrentamos contra reformas estatutarias de difícil comprensión para los que jamás nos vimos beneficiados por los efectos positivos del nacionalismo español.

Pues no, no es a eso a lo que este pueblo nuevo se enfrenta. Los que hemos decidido poner en red nuestra inteligencia para generar riqueza, nos enfrentamos contra la herencia maldita del subdesarrollo histórico, contra la ignorancia, la pasividad, el negativismo, la irresponsabilidad y la falta de compromiso de aquellos que no pueden permanecer impasibles y neutrales todos los días observando como nos peleamos en la plaza del pueblo contra el miedo de cambiar, contra el miedo de ser, contra el miedo de hacer.

Yo concito a todos los que quieran levantar la cabeza para dejar de mirar al suelo y mirar al frente y poder observar que la tierra extremeña es nuestra, que el poder es nuestro, que la palabra es nuestra, que el futuro es nuestro, para que nos demos la mano y hagamos una gran cadena que impida que la mediocridad, el pesimismo, el engaño y la negatividad se adentre en nuestro territorio. Os concito a dar la batalla a la estructura de la impotencia que es el gran enemigo de nuestros anhelos y del futuro de nuestros hijos.

Acabamos de entregar la Medalla de Extremadura a los galardonados en esta edición de nuestra fiesta regional. Edición que, en esta ocasión, no se ha iniciado con los izados de las banderas de España y de Extremadura por razones climáticas. Algunos galardonados viven en Extremadura y otros lo hacen fuera de nuestra región. Unos y otros gozan de la condición común de españoles, sin que nos importe el sitio en donde residan. Cualquier ciudadano español que se instale en cualquier comunidad autónoma no necesita de ningún trámite administrativo para acreditar su condición de español. Si un vasco viene a vivir a Extremadura o un extremeño va vivir a Cataluña, saben que sólo cambian de comunidad autónoma, pero no cambian de nacionalidad. Siguen manteniendo su condición de españoles.

¿Por qué digo algo que casi parece de perogrullo? Porque veintisiete años después de aprobada la Constitución española, seguimos inmersos en un sinsentido territorial, consecuencia directa de la falta de lealtad de los menos con los más.

La Constitución española, además de un instrumento que garantiza la vida democrática de los españoles, fue un acuerdo leal para la convivencia en la diversidad y en la descentralización.

Lealtad hubo, y hay, en la mayoría de los españoles cuando acordamos una amnistía que permitió volver a la libertad a quienes legítimamente lucharon contra la dictadura y a quienes lo hicieron también desde la violencia y desde el terrorismo. Nuestro error estuvo en creer que los segundos peleaban por los mismos objetivos que los primeros. No era así. Los terroristas aprovecharon nuestro sentido democrático para responder deslealmente, volviendo, desde la libertad concedida, al asesinato y a la masacre.

Fue un tremendo error que cometimos los españoles de aquel tiempo. Pensábamos que con el fin de la dictadura se acababa el terrorismo etarra. Hoy sabemos que no fue así. Fueron doblemente canallas. Canallas porque han seguido matando sin que avisaran de su sanguinaria intención cuando la democracia les abrió la puerta de la libertad. Y canallas porque nunca explicitaron que entre dictadura y democracia no veían diferencias para sus sanguinarios fines.

Y lealtad también hubo en la mayoría de los españoles cuando impulsamos un acuerdo que descentralizaba al Estado y reconocía, amparaba y protegía legal y políticamente la diversidad cierta de los distintos territorios que conforman España.

Y desde esa lealtad y desde esa convicción, los españoles hemos sido capaces de hacer avanzar a nuestro país como nunca lo había hecho a lo largo de su historia. No es exagerado afirmar que en estos veintisiete años de democracia a España le ha ido bien cualquiera que haya sido su gobierno central.

Y si acaso se compartiera esta afirmación, ¿cuál es la razón que les asiste a algunos para pretender alterarlo todo de una manera irresponsable? De nuevo la deslealtad de algunos viene a dar respuesta a ese interrogante. De igual forma que los etarras aceptaron la amnistía de la democracia ocultando su futuro criminal y su deslealtad con los españoles, algunos dirigentes territoriales aceptaron la Constitución y la amplia descentralización política y administrativa, ocultando su futuro secesionista y su deslealtad con los españoles.

Fue un error considerar antifascistas a los terroristas y fue un error considerar leales con una nueva concepción de España a los nacionalistas periféricos. Ni unos ni otros expresaron con valentía su condición. Los asesinos ocultaron su instinto criminal y los nacionalistas periféricos ocultaron su instinto independentista.

El Congreso de los Diputados debe ser el sitio donde nuestros representantes sientan en su cabeza y en su corazón el peso de la representación del conjunto de la ciudadanía española. La Cámara de la representación de la soberanía española se ha convertido, por causa de la deslealtad de algunos, en la Cámara de los intereses territoriales. De tal forma que vivimos en un país, donde el Congreso es el Senado y donde el Senado no es nada.

España es un gran país. En veintisiete años de democracia constitucional los españoles hemos recorrido un camino que, los que lo ven, aún andan restregándose los ojos para salir de su asombro. Es una irresponsabilidad apartarse de esta senda por puros intereses electorales o por intereses secesionistas que tanto nos dañan y nos anquilosan.

Sé que esta manera de pensar y de expresarme respecto a mi país me supondrá la inquina de quienes no me perdonan mi concepción de España. Sé que con discursos como éste mi devenir político se cierra en el círculo extremeño. Pero mi conciencia siempre estuvo por encima de mis intereses, y sigue estándolo. Mientras siga en política activa combatiré lo que considero perjudicial para nuestro futuro como españoles. Cuando deje de estar en activo, también lo combatiré. Nunca puedo evitar imaginar a mi país sin terrorismo etarra y sin nacionalistas periféricos. ¿Se lo imaginan?

Gracias.

